

¡NO ME JUDAS SATANAS!!

Nº: 288

**Bette
Davis**

CESAR MARTIN



“Cuando a la gente no le gusto, realmente me detestan, pero no pueden hacer nada contra mí, de la misma forma que no pueden hacer nada contra la muerte o los impuestos”. Bette Davis

Después de hablar de **Joan Crawford**, lo obligado es dedicarle unas líneas a su gran rival **Bette Davis**. Sus vidas se desarrollaron de forma paralela, ambas alcanzaron el mismo status legendario y, evidentemente, la historia del cine habría sido menos apasionante sin su aportación. Cada una fue la mejor en su terreno: **Joan** logró ser la estrella de cine por excelencia, la más egomaniaca y vanidosa de todas (para ella, siempre fue más importante ser estrella que actriz), y **Bette** se convirtió en la actriz definitiva, la más respetada y temida de la historia (en todo caso, sólo **Katharine Hepburn** pudo equipararse a **Bette Davis** en cuestión de prestigio y profesionalidad). Por ello, porque fueron igual de poderosas y carismáticas, resulta fascinante conocer detalles de la extraña relación que mantuvieron a lo largo de los años.

Bette Davis





En el fondo eran muy distintas: **Joan**, siempre perdida en sus delirios de grandeza, estaba convencida de que la humanidad en pleno la amaba, tal como refleja la cita que encabezaba el anterior texto (su afirmación de que la mitad de las niñas de América bautizadas como **Joan** habían recibido ese nombre como tributo a ella, y la otra mitad se lo debían a **Juana de Arco**),

mientras que **Bette**, tal como se puede ver en la cita que encabeza este NMJ, sabía que mucha gente la aborrecía con toda su alma, lo cual no podía importarle menos. Pero su legendaria rivalidad las unió para siempre, y ni la muerte pudo aplacar el odio que existió entre ambas: **Bette** siguió insultando a **Joan** en la prensa después del fallecimiento de ésta, y no hay duda de que **Joan** habría hecho lo mismo si **Bette** hubiese muerto antes (aunque hay que resaltar algo que honra a **Davis**: en alguna ocasión defendió a **Crawford** después de muerta: ella podía atacar a su némesis, pero los demás no). Los ataques verbales que lanzaron la una contra la otra son verdaderas obras maestras del insulto, ahí está por ejemplo una de las frases más célebres de **Bette**: **"No mearía sobre Joan Crawford ni aunque estuviese en llamas"**. Claro que, en cierto modo, estuvo meando sobre **Crawford** durante toda su vida.

Si tuviésemos qué elegir un momento en la historia en el que **Bette** orinó más a gusto sobre su rival, habría que citar el desastroso rodaje de la película **"Hush... Hush, Sweet Charlotte"**. La intención de **Bob Aldrich**, director de **"What Ever Happened to Baby Jane?"** ("¿Qué fue de

Baby Jane?"), era reunir a **Bette** y **Joan** de nuevo para aprovechar el éxito de "**Baby Jane**", rodando una pseudo secuela; no en vano el film iba a titularse en un principio "**What Ever Happened to Cousin Charlotte?**". Sin embargo, la condición que pusieron las dos míticas actrices para intervenir en dicha película fue precisamente que no se plantease como una secuela de "**Baby Jane**", y el título fue cambiado de inmediato por "**Hush... Hush, Sweet Charlotte**". Se trataba de un drama sureño, y eligieron como marco de fondo Baton Rouge, el lugar menos indicado para que se desarrollase una estrella tan pomposa y maniática como **Crawford**. Además, para su desgracia, **Bette** y **Aldrich** habían entablado una buena amistad, y casi se puede decir que co-dirigieron el film juntos, lo cual dejó a **Joan** en clara desventaja.

La actitud de las dos actrices durante el rodaje, tal como ya había ocurrido antes en "**Baby Jane**", fue radicalmente opuesta. **Bette** no pedía caprichos especiales, se maquillaba junto al equipo, llevaba el pelo suelto y ropas modestas... en definitiva, era una más, no adoptaba pose de estrella. **Joan**, por el contrario, pidió que pusiesen a su disposición un cochecito de golf para desplazarse de un lado a otro, lució cada día el tipo de peinados que estaban de moda treinta años atrás, no se relacionó con nadie, etc. Ese ostracismo al que se sometía **Joan** por voluntad propia benefició enormemente a **Bette**. Mientras todo el equipo, incluyendo al actor principal **Joseph Cotten**, acudían a las fiestas que organizaba **Bette**, la altiva **Joan** permanecía oculta en su roulotte bebiendo vodka. No le daba la gana de dejarse ver ni tan siquiera cuando la prensa visitaba el rodaje, lo cual era toda una rareza tratándose de **Joan Crawford**. La revista Life había planificado dedicarles un amplio reportaje y se desplazaron hasta Baton Rouge para captar la histórica imagen de las dos leyendas juntas de nuevo, pero **Joan** les hizo esperar horas, hasta que **Bette**, en pleno ataque de nervios, fue personalmente

a buscar a **Crawford** a su roulotte y la sacó a gritos. En definitiva, un maravilloso ambiente de trabajo.

Al final, **Crawford** se hartó de **Davis**, de **Aldrich** y de Baton Rouge, y optó por ingresar en un hospital aquejada de una misteriosa enfermedad que no era otra cosa que frustración y agotamiento mental. Dicen que con esa acción trató de hundir el film, pero **Aldrich** y **Bette** se limitaron a sustituirla por **Olivia de Havilland**. Aquello, ni que decir tiene, supuso un terrible golpe para el ego de **Miss Crawford**. Por esa vez, **Bette Davis** había ganado la batalla.

El paralelismo que existió entre la vida de estas dos mujeres es muy curioso: crecieron adorando a **Mary Pickford**, y cuando **Greta Garbo** alcanzó su máxima gloria, ambas se transformaron casi en "stalkers" de la actriz sueca (**Bette** solía pedirle a su chófer que siguiese al coche de **Garbo** cuando salía del estudio, pero jamás llegó a hablar con ella); **Joan** se introdujo en el show-business bailando en clubs de mala muerte, y **Bette** también aspiraba a ganarse la vida bailando, pero su ambición, por supuesto, era acceder a los grandes teatros; las dos ejercían la crueldad más retorcida con sus respectivos familiares: **Joan** torturaba a sus hijos, y **Bette** hacía lo propio con su hermana **Bobby** (cuando la chica se casó con un alcohólico, **Bette** les envió el regalo más humillante: una caja llena de licores), además, casi se puede decir que mató a uno de sus maridos, ya que el tipo falleció en un accidente de circulación, cuando perdió el conocimiento al volante de su coche a causa de un golpe que había sufrido en la cabeza, tiempo atrás, a manos de su dulce esposa **Bette**. Por no hablar del denigrante trato con el que obsequiaban **Bette** y **Joan** a quienes estaban por debajo de ellas en los rodajes.

Es cierto que cuando coincidieron en "**Baby Jane**" y "**Hush... Hush Sweet Charlotte**", **Bette** se comportó como una pobre y humilde trabajadora, probablemente para

que su actitud contrastase con la de **Joan** y todo el mundo se quedase con una imagen horrible de su rival, pero no hay que olvidar lo dura que había sido con cierta gente en otros períodos de su vida. **Errol Flynn** relató una anécdota en su autobiografía **"My Wicked Wicked Ways"** que es verdaderamente espectacular. Por alguna extraña razón, **Bette** detestaba a **Errol**, un tipo que era querido por todo el mundo gracias a su sencillez y su simpatía, y cada vez que coincidió con él en un plató, le hizo la vida imposible. Su enfrentamiento más fuerte tuvo lugar mientras rodaban el film **"The Lives of Elizabeth and Essex"**. En una escena, **Bette**, en su papel de Reina de Inglaterra, debía abofetear a **Errol**, y claro está, una actriz tan metida en su personaje como ella no podía fingir ese tipo de escenas. Por una serie de cuestiones, la secuencia se tuvo que repetir muchas veces, y en cada ocasión **Davis** golpeaba a **Errol** con más rabia. Si tenemos en cuenta que llevaba un grueso anillo en cada dedo, poco importaba que le abofetease con la palma de la mano, ya que el actor sentía el golpe de todos los anillos en su rostro. **Errol** había sufrido una operación en un oído tiempo atrás, y tenía miedo de quedarse sordo si la actriz seguía golpeándole con tanta rabia. Harto de aguantar la situación, decidió armarse de valor y rogarle a **Bette Davis** que no se ensañase con él de esa forma, de modo que fue a su camerino y con mucha educación le habló de su operación de oído y trató de que entendiese que las bofetadas no sólo le dolían, sino que corría el peligro de quedarse sordo. **Miss Davis** escuchó lo que el actor tenía que decirle y cuando acabó, se limitó a responder **"Una bofetada es una bofetada"**, dando por terminada la discusión. Cuenta **Errol** en su libro que sintió tal impotencia al salir de ese camerino, que llegó a vomitar. Una anécdota como ésta no deja lugar a muchas dudas, si alguien como **Errol Flynn**, que combatió en la Guerra Civil española, vivió las bacanales sexuales más salvajes y encarnó a los héroes más valerosos en la gran

pantalla, se vio incapacitado para pararle los pies a **Bette Davis**, ¿quién podría haberse atrevido a hacerlo? Evidentemente estamos hablando de una de las mujeres más duras que han pisado la tierra.

De hecho, **Bette Davis** fue la primera actriz de Warner Brothers que exigió los mismos derechos y privilegios que hombres como **James Cagney** o **Edward G. Robinson**, algo muy extraño en una época en que la mayoría de las actrices se dejaban manipular por los jefazos de los estudios. En eso también se diferenciaba de **Joan Crawford**: la temible **Joan** era una gatita cuando estaba en presencia del gran capo de MGM, **Louis B. Mayer** mientras que **Bette** llevaba por el camino de la amargura a su jefe **Jack Warner**, de Warner Brothers. Su acto de rebeldía contra Warner marcó un hito en la historia, aunque en su momento la jugada no le saliese muy bien. Fue algo simbólico, por fin una actriz se atrevía a pelear contra los hombres en su propio terreno. Pero eso sucedería cuando el éxito ya hubiese llamado a su puerta. Antes, como es lógico, tuvo que trabajar fuerte para alcanzar esa posición.

Los orígenes de **Bette** no tuvieron mucho que ver con los de **Joan**. Esta última provenía de una familia destrozada, perdida en territorio tejano, y **Bette** por el contrario había venido al mundo en un lugar lleno de snobs obsesionados por las buenas costumbres y la pureza de sangre: Massachusetts, y en todo momento estuvo protegida por una madre (**Ruthie**), que la guió por el buen camino. Mientras **Joan** se buscaba la vida chupando pollas, **Bette** trataba de salir adelante acudiendo a clases de dicción e interpretación, en donde coincidió con gente como **Paul Muni**, **Katharine Hepburn** o **Lucille Ball**. Había nacido cuatro años después que **Joan**, en 1908, aunque **Crawford** siempre negaría ese dato (¿cómo podía ser **Bette Davis** más joven que ella? ¡de ninguna manera!), y en materia sexual iba rezagadísima si comparamos su caso con el de la precoz **Crawford**. A los 17 años, **Bette Davis** to-

davía era virgen, y aún tardaría un tiempo en dejar de serlo. Fue a esa edad precisamente cuando trató de conseguir a un jovencísimo **Henry Fonda** como novio, que en aquellos días era sólo un aspirante a actor, pero **Fonda** no fue más allá de algún beso aislado, y tan pronto como pudo se libró de ella.



Con Bogart en "Dark Victory".

Bette, acompañada siempre por su omnipresente madre, se presentó a varios castings teatrales, pero su carácter siempre chocaba con el de los directores de las obras, y de todas formas su futuro no estaba ahí. El cine iba a

ser su destino y pronto fue contratada por la Universal. La era del sonoro había llegado y **Bette**, con su impecable dicción, sabía que tendría pocas competidoras. Deseaba llegar a lo más alto sin explotar su posible atractivo físico – que, seamos sinceros, no era mucho– y en las sesiones de fotos se negaba a posar como una pin-up. Debutó en el film de Serie B "**Bad Sister**" (31), tras el cual seguirían una serie de trabajos en otras películas de bajo presupuesto igualmente insignificantes. De la Universal pasó a Warner, con un contrato de seis años, y aceptó que le operasen los labios para añadir un ligero toque de sex-appeal a su aspecto. Su primer encuentro con **Joan Crawford** no tardaría en llegar: recibió un premio como actriz promesa, y en la ceremonia en la que se lo concedieron, justo cuando iba a recitar su discurso de agradecimiento, apareció **Crawford** acompañada por su marido de entonces, **Douglas Fairbanks**, la prensa se lanzó a por la pareja de moda y la pobre aspirante se quedó sin pronunciar esas palabras que tanto había ensayado. Más adelante tendría lu-

gar su segundo encuentro –relatado en el anterior NMJ– durante el rodaje del film **“Dangerous”**, que pasaría a la historia por ser la primera vez que las dos actrices eran presentadas formalmente.

En un principio, **Jack Warner** y sus secuaces trataron de convertir a **Bette** en una marioneta. La llamaban **“Little Bette Davis”**, porque era muy poca cosa en persona, y tal como hacían con la mayoría de actrices del estudio, le endosaban tres películas mediocres después de cada una que podía considerarse buena; era su táctica para mantener el ego de sus empleadas bajo mínimos. Además, jugaban con su imagen como querían. **Bette** había empezado negándose a lucir un look sexy, pero antes de que se diese cuenta ya le habían teñido el pelo de rubio platino para que siguiese los pasos de **Jean Harlow**, quien tras rodar **“The Public Enemy”** para Warner se había ido a MGM, dejando al estudio sin su sex-symbol más despampanante. Por fortuna, esta etapa de confusión duró poco. Con el film **“Ex-Lady”** (33), **Bette** empezó a imponer sus propias reglas. Los críticos la atacaron por mostrarse demasiado insinuante, pero el público se fijó en ella, y el primer gran éxito le llegó poco después con **“Of Human Bondage”** (**“Cautivo del deseo”**, 34), junto a **Leslie Howard**, en donde se esforzó por repeler al público con su aspecto. Hizo lo que ninguna actriz de la época habría hecho: empeorar su imagen, tratar por todos los medios de dar asco. La buena racha seguiría con **“Dangerous”** (**“Peligrosa”**, 35) junto a **Franchot Tone**, **“The Petrified Forest”** (**“El bosque petrificado”**, 36), acompañada nada menos que por **Bogart** y de nuevo **Leslie Howard**, y su primer Oscar, que obviamente puso en guardia a **Crawford** (¿cómo se atrevía esa tal **Bette Davis** a ganar Oscars? ¡la Academia sólo debía tener ojos para ella, la divina, la maravillosa, la inigualable **Joan Crawford!**).

Su status dentro de Hollywood iba subiendo día a día y se fue a vivir a Brentwood (¡el vecindario de **Crawford!**),

concretamente a una casa que pertenecía a su ídolo **Greta Garbo** (!), aunque ni aún así consiguió una audiencia personal con la **Garbo**. Este cambio de nivel de vida animó a **Bette** para plantarle cara a **Jack Warner** y exigir más dinero, mejores guiones y el mismo trato del que disfrutaban las estrellas masculinas. Sabía que **James Cagney** había rodado films para otros estudios pese a tener un contrato con Warner, y sus superiores le habían permitido disfrutar su travesura, así que ella hizo lo mismo y salió todo al revés. La llevaron a juicio, perdió y tuvo que volver al regazo de papá **Jack Warner** para recibir algún que otro castigo ejemplar, pero por lo menos había sentado un precedente: dejó claro que una actriz también podía luchar por su carrera, aunque saliese perdiendo.

La siguiente decepción fue quedarse sin encarnar el personaje de **Scarlett O'Hara** en "**Lo que el viento se llevó**", que era el papel que ansiaban todas las actrices de Hollywood. Le dolió tanto dejar escapar esa oportunidad que no paró hasta protagonizar una película que sería recordada como la hermana pobre de "**Lo que el viento se llevó**"; su título: "**Jezebel**" (38). Hay quien sin duda preferirá "**Jezebel**" antes que "**Lo que el viento se llevó**", eso depende del gusto de cada cual, pero es innegable que "**Jezebel**" no obtendrá jamás el reconocimiento popular de la mastodóntica "**Lo que el viento se llevó**". El rodaje de "**Jezebel**" fue duro, minucioso y muy estresante. Su director, **William Wyler**, era un maníaco de la perfección, y tenía en su casa un plató en miniatura con los 28 escenarios que utilizaba. Cada día maniobraba con el mini-escenario que iba a usar, asistido por un guionista de excepción, ¡nada menos que **John Huston**! **Bette** lo pasó mal trabajando en ese film por dos motivos: la obsesión perfeccionista del director resultaba casi insoportable (¡llegó a rodar alguna escena 45 veces!) y el galán de la película, **Henry Fonda**, había aceptado el trabajo con la condición de que acabase a tiempo para ver nacer a su hija, **Jane**, en

NYC, un grave inconveniente que obligó a **Bette** y al resto del equipo a trabajar sin descanso. Según las palabras de **Davis**, fue entonces cuando empezó a odiar a **Jane Fonda** (¡es muy cómico pensar que **Jane** pudiese joder a toda una **Bette Davis** sin tan siquiera haber salido aún del seno materno!). La recompensa a tanto esfuerzo fue un inesperado romance entre **Bette** y **Wyler**, cosa más propia de alguien como **Joan Crawford** que de ella.

Su historia con **Wyler** duró poco, lo justo para acabar el film y disfrutar de la espléndida acogida que les brindó el público. Alguien tan autoritario como **Wyler** no era para ella. Se derretía pensando en actores como **Leslie Howard**, **Franchot Tone** o **George Brent**, pero terminó casándose con un músico llamado **Ham Nelson**, con quien perdió la virginidad. Por lo que parece, **Wyler** no llegó a desvirgarla, su relación con ella tuvo su lado físico, pero no hasta ese punto. Afirman quienes conocieron a **Bette** en esa época, que no dejó que **Wyler** la penetrara porque el director era judío y ella no deseaba tener descendencia judía, aunque cuando éste la abandonó por otra, se sintió dolida. Su ruptura fue muy cinematográfica: **Wyler** le explicó en una carta que si no se casaba con él inmediatamente, contraería matrimonio una semana después con la primera mujer que se cruzase en su camino, pero no contaba con la posibilidad de que **Bette** no abriese dicha carta a tiempo; así sucedió, y cuando ella leyó la misiva, **Wyler** ya había subido al altar con otra actriz. Para colmo, el siguiente film que rodarían juntos años después se titularía "**La Carta**" (40).

El matrimonio de **Bette** con **Ham Nelson**, sin embargo, empezó con mal pie. **Howard Hughes** conoció a **Bette**, y en su tercera cita con ella le dijo abiertamente que su relación con **Katharine Hepburn** le había dejado impotente. Puso tanto dramatismo en su confesión que **Bette** se ofreció de inmediato para curarle la teórica impotencia, y así lo hizo, aunque sus primeras sesiones de cama no

fueron demasiado bien. La agresividad de **Bette** enfriaba a **Hughes**, y por momentos su falsa teoría de la impotencia se convertía en algo demasiado real como para ser aceptado por el vanidoso magnate. Pero al cabo de un tiempo la cosa se normalizó y lograron mantener relaciones normales, aunque **Hughes** prefería las fellatios que le propinaba **Davis**. La historia se complicó cuando el marido de ésta se enteró de lo sucedido e instaló micrófonos en la habitación del hotel donde solían reunirse. Parece ser que tuvo la suerte de grabar uno de los encuentros fallidos, y para la posteridad quedaron las palabras de **Hughes** afirmando que el pene no se le ponía duro. Con ese material en sus manos, **Nelson** ya podía chantajear al multimillonario, y no se anduvo con rodeos: interrumpió a la pareja en pleno revolcón, y le hizo saber a **Hughes** que si no le ingresaba 70.000 dólares en su cuenta, difundiría el contenido de la cinta en la prensa y todo Hollywood se enteraría de su impotencia. Horrorizado, **Hughes** consideró la posibilidad de matar a **Nelson** (no es broma, sus empleados pueden atestiguarlo), pero al final prefirió pagar la suma y olvidarse del asunto. **Bette** no tardaría mucho en divorciarse de su marido chantajista.

Sus siguientes amantes célebres serían el actor **George Brent**, con quien coincidió en el film "**Dark Victory**" ("**Amarga victoria**", 39) y el director **Anatole Litvak**, en "**All This and Heaven Too**" ("**El cielo y tú**", 40). Aunque, de nuevo, eligió a un desconocido como marido: su manager **Arthur Farnsworth**. Su evolución como actriz en esa época derivó hacia un tipo de personajes más glamurosos de lo que era habitual en ella. Ya había alcanzado un status envidiable en el negocio –su interpretación en "**Jezebel**" fue premiada con un Oscar–, no necesitaba, por lo tanto demostrarle nada a nadie, y se había hartado de encarnar a mujeres sin atractivo. Cada vez que veía a **Crawford** proyectando belleza y luminosidad en sus films, se ponía histérica. En la prensa se refería a ella como "**ese**

maniquí de MGM", criticaba su forma de actuar y su estilo vistiendo (odiaba especialmente sus zapatos, a los que calificaba como *"fuck-me shoes"*, dando a entender que **Crawford** no era más que un putón sobrevalorado), pero en el fondo envidiaba su evidente carisma. Claro que, a juzgar por los acontecimientos, **Bette** no había elegido el mejor momento para darle más glamour a su imagen pública. La 2.^a Guerra Mundial lo iba a cambiar todo. Hasta la superficial y egocéntrica **Crawford** se implicaría en el conflicto, haciendo grandes alardes de falso altruismo, como recaudar donativos en la esquina de una calle o entrevistarse con soldados. Y no sólo eso, **Joan** también alteró su opulento estilo de vida de cara al exterior: empezó a desplazarse en moto (se habían acabado las limousines para ella por una temporada) y enseñó a sus hijos-androides a pronunciar la frase más babosa de su tiempo: **"Amo a mami, a Dios y a América, en este orden"** (uff...). **Bette** por su parte hizo propaganda patriótica, visitó hospitales militares (sólo en L.A., ni por un momento se le pasó por la cabeza desplazarse a los lugares en donde tenía lugar la guerra), compartió su línea telefónica con una vecina por exigencias del gobierno y fundó The Hollywood Canteen, un club en el que estrellas de Hollywood como **Marlene Dietrich**, **Rita Hayworth** o la propia **Bette** bajaban de su podium inalcanzable para bailar con soldados.

Su carrera, mientras tanto, seguía una línea ascendente. Claro que sus continuos éxitos repercutirían, inevitablemente, en su autoestima. **Bette** era consciente de su grandeza, sabía que no era la actriz más guapa, pero sí la más profesional y creíble, junto a **Katharine Hepburn**, a quien admiraba enormemente. Como consecuencia de ello, trataba a todo el mundo a patadas y tenía constantes cambios de humor, que es lo mínimo que se espera de una estrella podrida de ego. Resultaba tan difícil trabajar con ella que una mañana llegó a los estudios de Warner y se tropezó de morros con una pintada en una pared dedicada a